





ABRIL



Etna W. Crush

ABRIL



Primera edición: septiembre de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Etna W. Crush

ISBN: 978-84-19439-24-6

ISBN digital: 978-84-19439-25-3

Depósito legal: M-22310-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Esta obra se la dedico a todos aquellos abuelos que forman o formaron parte de nuestras vidas. También a todas las personas que contribuyeron a crear un buen recuerdo de mi infancia, ya que considero que esa etapa de nuestras vidas, es una parte muy importante para tener un buen desarrollo emocional, pues todas esas vivencias en el pasado, marcarán tu vida en el futuro, porque todos los conocimientos adquiridos y aquellos sentimientos vividos, serán necesarios en cierta forma para definir nuestra forma de ser. Por último, un homenaje a mi tierra, una tierra llena de sabiduría y tradición, tierra de meigas y magia, del buen hacer y sentir de su gente, una tierra única llamada Galicia.*



Abril, para mí, no es simplemente un mes del año, sino que también es como yo me llamo. Quizás llevo ese nombre debido a que nací en primavera, y supongo que eso mismo, definió mi carácter de una manera relevante. Siendo fiel a los principios de mi signo zodiacal, siempre he sido muy emocional e intuitiva. La persistencia y la vitalidad también forman parte de mi persona, igual esos rasgos son lo que mejor me define. No albergo malos sentimientos en mi interior hacia nadie, o bueno, eso era lo que yo creía, hasta que una fecha en concreto marcó drásticamente mi vida.

Por aquel entonces, residía en un hogar como otro cualquiera, ubicado en un precioso y pequeño pueblo marinero, bañado en toda su costa por aguas templadas y apacibles, y que suelen permanecer así durante casi todo el año. En muchos de sus rincones, abundan pequeñas playas de arena fina, que son perfectas para refrescarse cuando asoma el calor del verano, suelen estar decoradas por alguna que otra roca pulida, y esa apariencia es debida a las continuadas caricias que les propician las olas del mar.

En medio del pueblo, destaca principalmente un viejo puerto bastante derruido, que apenas se mantiene en pie a causa del paso de los años. A pesar de ello, todavía resguarda alguna que otra embarcación acuática, las cua-

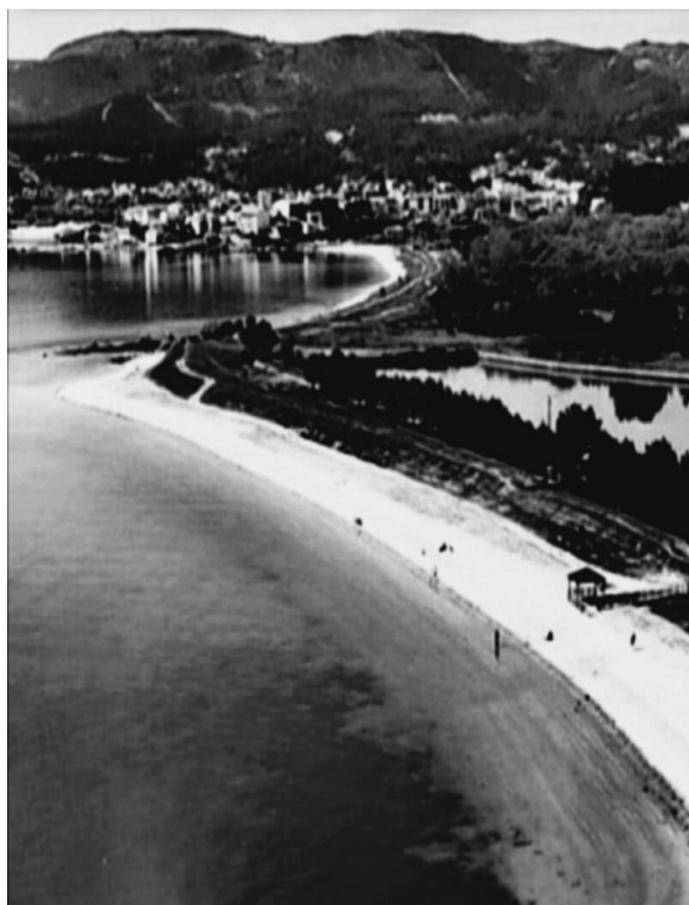
les, en su mayoría, están preparadas para desempeñar diversas funciones marineras, aunque también, hay algunas que se utilizan únicamente de forma lúdica, básicamente en la búsqueda de distracción y relajamiento.

Sus habitantes suelen ser amables y divertidos, y entre todos ellos mantienen una relación muy estrecha, quizás ese vínculo tan especial, está ocasionado por la cercanía que vienen teniendo sus hogares, pues el trato diario les hace crear un apego muy característico.

En épocas de verano, el pueblo se transforma con la celebración de verbenas y una gran cantidad de festejos gastronómicos, y que cuyas tradiciones ancestrales, se vienen celebrando desde antaño, quizás es la peculiar esencia de sus habitantes lo que hace que dichas tradiciones todavía se mantengan en el tiempo.

Se habla un lenguaje típico de lugares costeros, difícil de entender para los visitantes que acuden al pueblo en la temporada estival, que llegan totalmente dispuestos para disfrutar de sus merecidas vacaciones en este pequeño paraíso, situado en algún lugar del océano Atlántico.

No solo destaca el mar en su paisaje, también abunda una extensa vegetación, de la que emergen frondosos pinares, ubicados en su mayoría cerca del litoral, que ofrecen cobijo bajo su sombra en los días calurosos del verano. Hay que resaltar, que todavía conservan una apariencia muy salvaje, por lo que son ideales para todos aquellos que disfrutan de largos paseos entre senderos naturales. Su tonalidad verdosa, contrasta con el azul del mar, dándole al panorama una visión única y espectacular.



La gastronomía siempre ha sido abundante y variada, se basa sobre todo en productos típicos del mar. Aunque también es una tierra rica para todos los paladares, ya que, en las zonas más rurales, cabe la posibilidad de poder degustar sus manjares caseros, elaborados en su mayoría de la forma más tradicional, supongo que en gran parte debido a la enorme herencia culinaria que fue adquirida a través de varias generaciones.

El pueblo verdaderamente es muy tranquilo, apenas hay tráfico alguno recorriendo sus calles, por lo que recuerdo en mi niñez jugar al aire libre hasta altas horas de la noche, por supuesto, gracias a la tranquilidad que allí se respiraba, y que permitía a los niños una cierta libertad incontrolada, pues sus mayores no temían algún peligro. A pesar de que en la mayoría de los casos no nos unía ningún tipo de parentesco, la convivencia estaba forjada a base del cariño y del respeto, y eso mismo generaba un sentimiento de protección de los unos hacia los otros.

Había tal confianza y despreocupación entre sus habitantes, que las puertas de los hogares permanecían abiertas la mayor parte del día. Solo cuando llegaba la noche, se cerraban para evitar la entrada del frío, aunque sus llaves se dejaban igualmente colgadas en sus cerraduras, casi a modo decorativo. La paz que se respiraba se veía perfectamente reflejada en el profundo sueño del que gozaban sus habitantes. Eso es parte de lo bueno de vivir en un pueblo diminuto, muy pequeño, si lo comparas con las grandes ciudades, que están muy próximas y que también pertenecen a la misma provincia. Aunque

todo esto a simple vista parece lo ideal, también tiene sus desventajas, ya que como en todas las buenas familias, siempre hay alguna oveja negra, que, en la mayoría de los casos, intenta descarriar al rebaño. Es muy típico, ya que sueles encontrarte a algún habitante guiado por la envidia y la avaricia, normalmente suele ser de género femenino, y no es por ser despectiva, pero realmente es así, y esta, la mayoría de las veces, pretende romper con la armonía de esa complaciente convivencia. Pero, una vez que una de ellas es descubierta y se conocen sus verdaderas intenciones, acaba siendo apartada y señalada dentro de la comunidad, razón por la que finalmente es repudiada por todos los habitantes del pueblo. Este ser en concreto, al que voy hacer referencia, era conocido por usar sus oscuras artimañas, que solían estar elaboradas a base de conjuros malignos, porque como ya todos sabíamos en el pueblo, las meigas... *habelas, hailas*. Este es un gran dicho muy conocido entre todos nosotros, y que dice que: «brujas...haberlas, las hay».

Cuando en el pueblo se hablaba de estos temas, siempre salía a relucir la misma historia, ella, siempre estaba presente y en boca de todos, si fuese en otra época, quizás ya habría sido quemada en una hoguera, y la verdad, es que la gente se desesperaba con el ansia de poder deshacerse de esa mujer, pero finalmente, nadie se atrevía a hacerle frente, ya que su mala reputación era temida por todos los lugareños.

Ella se llamaba Daira. Vivía en una casa ubicada en un pequeño y oscuro callejón del pueblo, por el cual to-

dos los habitantes evitaban pasar. Su vivienda era vieja y solitaria, tan solo dos enormes muros de piedra tenían el arrojo de hacerle compañía, formando a ambos lados el cercado que aislaba una pequeña finca que también pertenecía a la misma propiedad.

Contaba con tan solo dos ventanas y un pequeño ventanuco, protegidas por unas rústicas y vetustas contras de madera, que permanecían cerradas todo el tiempo. Su puerta tenía un aspecto casi medieval, estaba elaborada con gruesos tablones de madera, y la mantenían clavada unos bastos tornillos oxidados. El tejado estaba algo deformado, daba la impresión de que fuese a caerse en cualquier momento, como si las tejas que lo cubrían le ocasionasen más peso del que podía soportar. Aquella edificación retaba al tiempo manteniéndose en pie, su aspecto decadente y como de otra época, todavía no impedía su habitabilidad. Estaba construida con piedra típica de la región, y su apariencia era la de haber sido levantada en tiempos remotos.



Las personas con más edad del pueblo siempre la recordaban luciendo el mismo aspecto, y no tenían conocimiento de quién la había habitado en el pasado, simplemente, permanecía allí de pie resistiendo el paso de las décadas, por lo que nadie se hacía ese tipo de preguntas. La verdad, es que su aspecto tétrico no animaba a querer saber mucho más de ella, y por eso mismo, la llamaban «La Casa de la Mano Negra».

Daira era una mujer entrada en edad, y nadie conocía su procedencia. Simplemente, hubo un día en el que llegó al pueblo para quedarse. Su lóbrega apariencia resaltaba a simple vista, lucía un pelo canoso y muy desaliñado, sus rasgos afilados le daban un aire misterioso, en sus ojos, albergaba una escalofriante oscuridad, los cuales eran vistos en muy pocas ocasiones por sus vecinos, puesto que Daira apenas salía de su casa. Cuando lo hacía, siempre era por la noche, entraba y salía de su morada sin que apenas nadie se percatase de su desagradable presencia. Contaban algunos desafortunados, habérsela encontrado en alguna que otra ocasión, pero cuando eso ocurría, ella levantaba su cabeza para ofrecerle su fría y tenebrosa mirada, y que a su vez, le dejaba un reguero de mala suerte al pobre incauto de tal desafortunado encuentro. Siempre caminaba medio encorvada, ataviada de una indumentaria negra y de apariencia andrajosa, que le cubría todo su cuerpo hasta el comienzo de sus pies, dejando a la vista las puntas de unos anticuados y raídos zapatos. No le era conocido ningún tipo de trabajo con el que pudiese mantenerse, ni tampoco se la veía haciendo compra de víve-

res, por lo que la gente se preguntaba continuamente de qué forma sobrevivía. Supongo que la verdadera razón, sería porque quizás no necesitaba demasiada comida, ya que todos sospechaban que debido a sus hechizos podía alimentarse de una manera diferente a la de los demás.

Siguiendo en la época de mi niñez, guardo desde entonces con rencor, un mal recuerdo, o más bien, diría que una mala vivencia. Ocurrió en un amanecer que debería ser tranquilo como otros tantos, pero ese en concreto, iba a ser ruidoso y catastrófico para mí y para todo el pueblo. La gente hablaba alterada por la calle, y a lo lejos, se escuchaban los gritos desgarradores de una angustiada mujer. Yo no entendía qué estaba sucediendo, pero algo en mi interior me decía que a nada bueno llevaría ese día.

Con el transcurso de las horas, llegué a comprender aquella desesperación por la que estaba atravesando el pueblo, pues, mi pequeño y gran amigo Leo, había desaparecido durante el atardecer del día anterior. Leo y yo éramos como dos almas gemelas, nuestro apego venía dado desde que teníamos uso de razón, por lo que en todo momento permanecíamos uno al lado del otro. Vivía en una casa humilde no muy lejos de la mía, y gracias a ello, todos los días, nos permitía disfrutar de largos momentos en compañía.

En invierno, y de camino al colegio, recorríamos las calles agarrados de la mano, pues teníamos desarrollado un instinto protector del uno hacia el otro, que surgía

inconscientemente. Para mí, cualquier momento era idóneo para disfrutar a su lado, e imagino que para él, era la misma sensación.

Las tardes las pasábamos bien en su casa o bien en la mía, y juntos, hacíamos las tareas impuestas por nuestros profesores. Mientras tanto, también disfrutábamos de apetitosas meriendas elaboradas por cualquiera de nuestras madres. Incluso, también veíamos en el televisor nuestras series favoritas emitidas en el horario infantil. Pero en invierno, pronto llegaba la noche, y con ella, el clima frío y lluvioso, que nos obligaba a despedirnos temprano hasta el día siguiente. Aquellos inviernos, nos impedían salir a la calle para poder dar rienda suelta a toda nuestra energía, por lo tanto, el juego tenía que esperar hasta el regreso del verano. Cuando este llegaba, liberábamos con frenesí toda esa energía acumulada que había estado reprimida durante todos esos meses, y tanto la calle como la playa, se convertían en un enorme patio de juegos. Así que, nos divertíamos juntos desde los primeros rayos del sol, hasta bien entrado el atardecer, cuando este, se ocultaba detrás de las montañas. Nuestros padres nos dejaban solos con total libertad, ya que la playa estaba pegada a la parte trasera de nuestras viviendas. Estas parecían pequeñas edificaciones marineras que emergían del interior de la arena, pues desde antaño, era muy común vivir lo más cerca posible del mar, dado que muchos de los habitantes faenaban en él, por lo que necesitaban que sus hogares estuviesen lo más próximos posibles a este, sobre todo, para poder resguardar con

facilidad en el interior de sus viviendas sus artes de pesca. De ese modo, se fue esculpiendo toda la zona costera que formaba el pueblo, con sus inmuebles alzándose sobre la arena, y dándole así al ambiente un toque muy pintoresco y marinero.



Leo y yo nos pasábamos horas y horas inmersos en el mar, ya que disfrutábamos demasiado del nado y de otros juegos acuáticos, de modo que, tan solo regresábamos a tierra cuando nuestras tripas crujían debido al apetito. Al salir del agua, nuestra piel solía estar tan rugosa, que continuamente bromeábamos compitiendo entre nosotros, a ver quién se llevaba el premio a la mejor uva pasa del verano.

Las playas, en esa época de estío, solían estar bastante concurridas, por lo que terminaban siendo decoradas con infinidad de sombrillas muy coloridas, y también, con una inmensa variedad de toallas, ya que todos ellos, al igual que nosotros, disfrutaban al máximo de esa temporada. A menudo, también jugábamos con amigos, pero a pesar de ello, nosotros dos nunca nos separábamos, siempre permanecíamos unidos como si un imán nos atrajese de una manera excepcional, por lo que era prácticamente imposible nuestro alejamiento. Recuerdo una anécdota que a día de hoy todavía me hace sonreír, pues la madre de Leo, estaba un tanto obsesionada porque su hijo no crecía tan deprisa como los demás niños, por lo que, a veces, nos colocaba a ambos pegados a una pared, y entonces, marcaba con un lápiz la altura que teníamos en cada ocasión, a mí me hacía mucha gracia, la verdad, porque su madre contemplaba con angustia cómo yo siempre le sobrepasaba, por lo que le insistía con frecuencia a Leo que tenía que comer más y alimentarse mejor, razón por la que él suspiraba como queriendo dejar plasmado que necesitaba paciencia para poder sobrellevar esa fatiga que tenía su madre.

Así transcurrían la gran parte de los días, era como un ritual imposible de evitar. Ya al atardecer, y con el bocata a medio digerir, continuábamos jugando en la calle hasta bien entrada la noche, y lo hacíamos a pesar de la oscuridad que ya había, tan solo alumbraba por unas antiguas farolas que desprendían una luz muy tenue. Pero eso mismo, no nos impedía poder exprimir al máximo nuestras horas de diversión. Era tan placentero y jocoso, que incluso en ocasiones, nuestros mayores se unían a nuestros juegos, aunque casi siempre, los niños permanecíamos solos con total autonomía.

La noche en la que Leo desapareció, y justo antes de regresar a nuestros respectivos hogares, ambos nos despedimos como siempre lo hacíamos, era con un saludo entre colegas, en el que nuestros puños chocaban con un ligero golpecito. Luego, llevábamos las manos hacia nuestra sien, al igual que lo hacen los militares ante un mando superior. Nunca pensé que esa trágica noche cambiaría el curso de mi vida, dado que desde aquel entonces, una gran tristeza me invadió desde aquel entonces, y ese sentimiento tan negativo, fue dando lugar a la aparición de una rabia desmedida, y otros tantos sentimientos muy pesarosos, que, al mismo tiempo, me llenaron de una gran impotencia, y que finalmente acabaría transformando mi carácter de por vida.

Como os mencioné antes, el tono de los gritos de aquella mujer me resultaba muy familiar, y con horror, al

poco descubrí que pertenecían a la madre de Leo. Todo mi ser temblaba de pánico, dado que predecía que con ello se acercaba una desgarradora noticia para mí. El temor que estaba sintiendo me impedía salir a la calle en búsqueda de respuestas, aunque de sobra sabía, que finalmente, sería inevitable atravesar por aquella drástica situación. Con tal angustia, me encerré en mi habitación pensando que con ese simple hecho, aquel momento se evaporaría en el aire como si nunca hubiese existido. Como si mi mente quisiese obviar esa situación, ya que estaba demasiado segura de que lo que se me venía por delante, iba a ser peor de lo que mi alma podría soportar.

Poco después de semejante alboroto, mi madre entró en mi habitación. Me miró con ternura, aunque la angustia que reflejaban sus ojos la delataban. En su cara se apreciaban las secuelas que le habían dejado el llanto y la tristeza, claramente provocado por dicha situación. Jamás la había visto en semejante estado, por lo tanto mis sospechas estaban más que confirmadas. Luego se acercó a mi cama lentamente donde yo permanecía acostada y aferrada a una simple foto. Se sentó a mi vera agarrando una de mis manos, y con aquella mirada tan apenada y su voz entrecortada, consiguió comunicarme la peor noticia que había recibido hasta ese momento en mi corta existencia, y que estaba segura que iba a condicionar el resto de mis días.

Entonces me dijo:

—Abril, tengo que comunicarte algo, y sé que para ti será muy duro y doloroso, pero espero que seas fuerte para poder superar este momento tan difícil.

Yo no quería escucharla, y mientras lo hacía, mi mirada continuaba perdida en algún lugar al que nadie podía llegar. Mis ojos miraban fijamente al suelo como intentando no perder de vista algo importante, pues, a pesar de no haber escuchado aún la realidad de lo sucedido, ya estaban embriagados de tristeza y melancolía. Durante unos segundos, reinó un pequeño silencio que se hizo eterno, pues ella sabía que para mí esa noticia sería inconcebible y devastadora. Cuando al fin tomó fuerzas para hablar de nuevo, dijo completamente apenada:

—Abril, no sabemos qué ocurrió, pero... ayer por la noche, Leo no regresó a su casa. Por supuesto, pondremos todo nuestro esfuerzo para encontrarlo. Ahora debes ser fuerte, aunque sé de sobra que no es fácil para ti oír esto.

Tras escucharla, me quedé perdida en el abismo, igualmente, como si estuviese en una realidad paralela, y en la que no podía admitir semejante tragedia. A continuación, lo único que hizo fue regalarme una caricia, porque sabía perfectamente que dado mi carácter, tan solo podía hacer eso tras haber recibido esa noticia.

Poco después, me dejó sola para que intentase asumir aquel aberrante suceso. Sin más, abandonó mi habitación como un alma en pena, pues ella sabía perfectamente que mi dolor era inconsolable, aparte claro está, del pesar que ella también estaba sintiendo, ya que como supondréis, le tenía mucho cariño a Leo.

No sé cuánto tiempo pasó desde que mi madre había hablado conmigo, pero yo, todavía seguía agazapada a

esa foto, la misma, en la que Leo y yo nos encontrábamos muy felices jugando en nuestra extraordinaria playa.

Con el paso de las horas, yo seguía en la misma posición encima de mi cama. Mis músculos, estaban tan agarrotados, que impedían mi movimiento, y por no mencionar el estado de mi mente, que continuaba completamente en blanco, supongo que se mantenía así como intentando protegerme de dicha situación.

Al rato, sentí de nuevo los pasos de mi madre entrando en mi habitación. Se acercó a mí lentamente en completo silencio, y sin más, se sentó a mi lado para acariciar mi pelo, dado que este, tapaba parte de mi angustiado semblante, pareciera que mi larga melena únicamente estuviese intentando ocultar mi dolor. En cuestión de segundos me habló nuevamente:

—Abril, bebe un poco de agua, te sentará bien.

Yo apenas parpadeaba, continuaba en el mismo estado de *shock* en el que me había dejado horas antes, y cuando me hablaba, parecía que su voz sonaba desde la lejanía como si fuese un suave eco. Cuando al fin conseguí prestarle atención, pude escucharla atentamente mientras me decía:

—Necesito hacerte una pregunta, contéstame por favor. Ayer, cuándo te despediste de Leo, ¿viste algo raro? ¿Quizás en los días anteriores, o incluso a alguien sospechoso en las proximidades?

Solo pude negar con la cabeza a ambas preguntas. Estaba tan angustiada que tenía un tremendo nudo en la

garganta, y por ello, me impedía emitir cualquier tipo de sonido. Tras preguntarme, se marchó nuevamente.

—Está bien, ahora descansa, vendré a verte más tarde.

Ella sabía perfectamente que necesitaba tiempo y espacio para asimilarlo, y la única forma para hacerlo, era resguardarme totalmente en mi soledad.

Transcurrieron los días, y el pueblo persistía en la infructuosa búsqueda de Leo, por lo que las esperanzas de encontrarlo iban desapareciendo a medida que avanzaba el tiempo. Leo no había dejado rastro alguno, daba la impresión de que la tierra se lo hubiese tragado así sin más. A pesar de ello, y por algún motivo que desconocía, presentía en lo más profundo de mi corazón que ya no iba regresar, pero, aun así, todavía albergaba alguna esperanza de que Leo continuase con vida. Realmente, tenía una sensación muy extraña, deduzco que quizás causada por el vínculo tan fuerte que nos unía, y que me hacía creer que él todavía continuaba cerca de mí.

Con el paso del tiempo, el pueblo desistió en su búsqueda, quedando en todos sus habitantes un profundo resquemor. Pues la desaparición de Leo generó un sentimiento común entre todos ellos. Sentían que habían perdido a un ser querido, pues este les había sido arrebatado sin justificación ninguna, y tampoco habían obtenido ningún tipo de respuesta que calmara su malestar. El

ambiente del pueblo continuó enrarecido, desde entonces, reinó una sensación de impotencia en cada uno de sus habitantes, y nada que decir de los padres de Leo, que se vieron atrapados en una pesadumbre tan desorbitada, que condicionó sus vidas de una manera determinante, y no era para menos, pues el perder a un hijo supongo que es una de las mayores tragedias que pueda sucederle a uno en la vida. Si yo estaba tan afectada, no querría ni imaginar cómo ellos se estarían sintiendo. Aunque también es cierto, que al fin entendieron que no se podía hacer nada más que esperar, y dejar que el tiempo aclarase lo sucedido, o que simplemente, los curase de tan duro golpe.

Mi manera de enfrentarme a la cruel realidad fue aislándome por completo del mundo, pues no supe afrontarlo de otra manera. Para mí, ya nada tenía sentido, me habían arrebatado a mi alma gemela, por lo que estaba segura de que el resentimiento que permanecía en mi interior lo arrastraría durante toda mi vida.

Poco tiempo después de lo sucedido, recuerdo escuchar a mis padres comentando una noticia similar. Al parecer, se trataba de una nueva desaparición, y ni más ni menos, era la de otro niño, perteneciente a una localidad muy cercana a la nuestra, por lo que ese acontecimiento hizo revivir nuevamente la desaparición de Leo a todo el pueblo. Ahora, por lo visto, ya no se trataba de un caso

aislado, pues obviamente, algo extraño estaba sucediendo en la zona, por lo que ese hecho fortuito no podía ser tan solo una mera coincidencia. La historia desgraciadamente se repetía otra vez, y a pesar del esfuerzo que habían puesto todos ellos para encontrar a dicho niño, les fue imposible lograrlo. Una vez más, y como había sucedido con Leo, era una incógnita su paradero, por lo que la desgracia volvía otra vez a nuestro entorno, removiendo de nuevo el pasado sin compasión.

\*\*\*

Fueron pasando los años, y yo seguí creciendo entre la ira y la añoranza, claramente, porque no había aceptado su pérdida, y no había pasado ni un solo día, en el que Leo no viniera a mi pensamiento. Realmente, me sentía como si él me hubiese abandonado, aunque claro está, que no había sido así.

A causa de todo esto que os estoy contando, en ocasiones, cuando estaba completamente absorta en mis pensamientos, y no era consciente de por dónde caminaban mis pies, por no decir que mi mente me mantenía ajena a cualquier realidad, cruzaba aquel tenebroso callejón donde se hallaba la vivienda de Daira. En el momento en que la conciencia regresaba a mí de nuevo, era cuando me daba cuenta hasta dónde me habían llevado mis pasos, y no hacía otra cosa más que quedarme atónita mirando aquella fachada. Me producía una sensación

tan espeluznante, que en ese mismo instante, creía que la sangre de mi cuerpo dejaba de circular. Pero a pesar de ello, y por alguna razón que no sabría decir, eran muchas las ocasiones en las que terminaba delante de aquella misma casa. Siempre tuve un raro presentimiento al respecto y que por algún motivo que desconocía, me indicaba que debería entrar allí. Pero claro, con las historias que corrían por el pueblo sobre aquella mujer, no la hacía una visita muy apetecible.

Nunca fui muy dada a creerme todas esas habladurías, pero en este caso, algo me decía que había mucha verdad en ellas, pues la historia de Daira no dejaba indiferente a nadie. Yo me preguntaba en infinidad de ocasiones por qué la gente la temía tanto, ya que, en realidad, apenas era vista en alguna ocasión, aunque supongo que, por eso mismo, y por otras tantas cuestiones que desconozco, estaba tan alimentada la leyenda que la precedía. Continuamente, la describían como un ser tenebroso, aunque también creo que era porque lo oculto y lo misterioso, daba mucho más que hablar que todo lo tangible.

Casi todos los días, y con la llegada del invierno, la gente encontraba en aquella mística bruja un buen tema de conversación, y digo lo de bruja por llamarla de algún modo, pues realmente ese era el apodo que le otorgaban todos los habitantes del pueblo. El aburrimiento hacía que ella monopolizase todas las charlas y encuentros entre los vecinos.

A raíz de la desaparición de Leo, los veranos nunca volvieron a ser iguales para mí. A pesar de que salía a jugar con otros amigos, nadie había conseguido ocupar el lugar que él había dejado, y a día de hoy, todavía pienso que nunca nadie podrá rellenar ese vacío que me produjo su pérdida. A decir verdad, únicamente disfrutaba como siempre lo había hecho de un día en especial, ya que en nuestro pueblo, todavía existe una tradición que se celebra el 24 de junio, y a esta, se le da el nombre de la noche de San Juan. En dicha noche, se encienden grandes hogueras, en las que se queman trastos viejos y cosas inservibles, es una velada especial en la que se celebra el inicio del verano.

